

vosotros y os produce guerras continuas con la Europa. ¿Y no podría declararse al fin la victoria á favor de los pueblos cristianos? Porque *Dios cambia los tiempos á su antojo y da los reinos de este mundo á quien quiere*, (1).

Las relaciones entre la santa sede y los príncipes sarracenos volvieron á tomar un tinte religioso con los sucesores de Inocencio. Gregorio IX escribe al califa de Bagdad, invocando los patriarcas, los profetas y los apóstoles, para probarle la verdad de la doctrina cristiana, y le parece imposible que el califa no se rinda á la evidencia de las autoridades que le cita. Gregorio no teme amenazar á los Sarracenos con la cólera celeste si se niegan á convertirse, porque en adelante no tendrán excusa ante Aquel que ha de venir á juzgar á los hombres en medio de llamaradas de fuego. Siguiendo las huellas del apóstol de los Gentiles, Gregorio llama á la fe de Cristo á los Sarracenos para salvar sus almas: "No queremos vuestro reino, le dice; no tenemos más ambición que la de vuestra salud eterna", (2). No se sabe si el jefe de los creyentes respondió á Gregorio IX; pero nos quedan cartas de otros príncipes sarracenos á Inocencio IV que nos dan á conocer las opiniones del Oriente musulmán acerca de la gran cuestión suscitada por el papa, la unidad y la verdad religiosas. Están de frente dos revelaciones: el califa y el papa pretenden ser á la vez jefes exclusivos de los verdaderos creyentes; uno y otro aspiran á la dominación del mundo, y la convicción de uno y otro en la verdad de su doctrina es la misma. Ya hemos oído á los papas exponer los misterios de la Trinidad y de la Encarnación. El califa opone á aquellos oscuros dogmas una verdad brillante como la luz del sol, la unidad de Dios, creador del mundo: ese es el Dios predicado por Mahoma. El califa no rechaza la tradición judaica ni la cristiana; tributa elogios á Moisés y á Jesucristo, pero según él, Mahoma es el último y el más grande de los profetas. Si el papa quiere, le dice, se abrirán conferencias en las que se discutirán á fondo las dos religiones; el califa tiene la firme persuasión de que el Corán saldrá triunfante en la lucha. La correspondencia de los príncipes sarracenos respira una tolerancia y una

(1) *Epist. INNOCENT. III, en RICARD. DE SAN GERMAN (MURATORI, VII).*

(2) Epistola de Gregorio IX al califa, á los sultanes de Damasco y del Cairo (RAYNALDI, *Annal.*, ad a. 1233, § 16-22).

humanidad que se admira uno de encontrar en el siglo XIII y después de una lucha sangrienta provocada contra el mahometismo por el papado. Honran aquellos príncipes al papa como califa de los cristianos; y lejos de escandalizarse de que quiera atraerlos á una religión reprobada por Mahoma, comprenden su celo y lo alaban, y hasta le agradecen sus buenas intenciones: "Les ha hecho saber la doctrina que considera como único medio de salvación, y en ello ha obrado bien.", Por eso responden á Inocencio con el mismo buen deseo; también ellos están convencidos de la divinidad de su doctrina; Dios es el que ha enviado á Mahoma, y los que le siguen están seguros de la vida eterna; ellos también exponen sus opiniones al papa con el deseo de que se aproveche de ellas (1).

No hay nada más interesante que esa correspondencia. El cristianismo y el islamismo pretendían cada cual estar en posesión exclusiva de la verdad, pretensiones inconciliables, puesto que cada una de ellas destruía á la otra, pero que por eso mismo no podían destruirse; así es que la correspondencia teológica de los papas y de los califas no produjo resultado alguno. Las relaciones políticas cesaron por completo con la dominación de los cristianos en la Palestina; pero las cruzadas habían abierto á los misioneros el camino del Asia que no dejaron de frecuentar. De ahí el que se establecieran nuevos vínculos entre la Europa y el Asia en el momento mismo en que iban á interrumpirse las relaciones de los papas con los Sarracenos. Y de ahí también que la conquista más brutal de que hace mérito la historia diese por resultado introducir á los Europeos hasta en el centro del Oriente, sin que se pueda negar que la llave que abrió la puerta de esas comunicaciones fué el cristianismo en manos del papado.

II.

Á principios del siglo XIII se verifica un inmenso movimiento de pueblos en medio de las estepas del Asia; los Tártaros, á la voz de Gengiskan, se lanzan á la vez sobre el Oriente y el Occidente y acampan en China y en Alemania. La rapidez de su invasión tiene algo de prodigiosa: en 1208 sub-

(1) Pueden verse las cartas de los califas y de los demás príncipes sarracenos en RAYNALDI, *Annal.*, ad a. 1247, § 57-75.

yugan á los Turcos orientales; en 1223 libran batalla á los príncipes rusos sobre las márgenes del Kalka; en 1240 invaden la Polonia, la Hungría, y amenazan á Alemania; delegados tártaros se presentan ante Federico II y le intiman que reconozca la autoridad del gran khan. La ambición de los Tártaros es la de conquistar toda la tierra, y es Gengiskan quien les ha dado la consigna, titulándose rey del mundo (1). No tardaron en establecerse relaciones medio políticas y medio religiosas entre los cristianos y los conquistadores del Asia; había entre ellos un vínculo de relación: tenían los mismos enemigos. Bagdad había caído en poder de aquellos, pero quedaban en pie los restos Seljuídas de Iconium, los reyes de la familia de Saladino y otros príncipes musulmanes con los cuales estaban en guerra los Francos; de ahí que éstos y los Mongoles fuesen aliados naturales. Por aquel tiempo se esparció el rumor de que entre los Tártaros había muchos cristianos; la fábula del *Preste Juan* daba crédito á la existencia de una cristiandad oriental. Por otra parte, los Mongoles peleaban con encarnizamiento contra los sectarios de Mahoma, lo cual era casi un signo de cristianismo en aquellos tiempos de ignorancia. De esa manera se explican las embajadas que Inocencio IV envió á los Tártaros; tres frailes de los hermanos menores fueron diputados á los pueblos nómadas que acampaban á orillas del Volga, y otros dos de la orden de predicadores fueron á encontrar á los Tártaros de la Persia.

Las cartas credenciales de los misioneros debieron sorprender grandemente á los feroces conquistadores del Asia. El papa hablaba allí del pecado original y de la inmensa bondad de Dios Padre, que, queriendo reparar la miseria del género humano, había enviado á su Hijo para levantar á aquél de la caída de Adán. Jesucristo, le dice, Hijo de Dios, al subir al cielo ha dejado un vicario en la tierra, al cual ha confiado la custodia de las almas y las llaves del reino de los cielos. Y como sucesor de San Pedro, Inocencio envía diputados á los Tártaros con el deseo de convertirlos á la fe cristiana y lograr su salvación (2). Se necesitaba una gran fuerza de ilusión y una grande ignorancia de las cosas orientales para confiar en el éxito

(1) JUAN DEL PLANO CARPIN, c. VIII, § 1, en la *Colección de Viajes*, publicada por la Sociedad de geografía, t. IV, p. 715.

(2) RAYNALDI, *Ann.*, a. 1245, § 15-17.

de semejante misión. La ilusión se explica por el convencimiento del papa en la verdad de la doctrina cristiana, cuya luz debía á sus ojos ser tan poderosa como la del sol. Los rumores acerca de las disposiciones favorables de los Tártaros á recibir el cristianismo debieron aumentar la confianza del soberano pontífice; pero aquellos vagos rumores no tenían otro fundamento más que la indiferencia de los Tártaros por toda religión positiva; su creencia era un teísmo abstracto, sin culto, y, por lo mismo, lleno de tolerancia (1): era una religión de conquistadores. Por lo tanto, las misiones enviadas á semejante pueblo no tenían probabilidad alguna de éxito. Pero no por eso dejan de tener un gran interés para la historia; son el primer lazo entre el Occidente y el lejano Oriente. Y la humanidad debe inmensa gratitud á aquellos oscuros frailes que se atrevieron á arrostrar los peligros de un camino desconocido y los mayores aún de la crueldad de aquellos bárbaros que marcaban sus conquistas con pirámides de huesos humanos, y que se ofrecieron en sacrificio al interés de la cristiandad y á la causa de Dios (2).

Las misiones tenían también un objeto político. El papa se queja en sus epístolas de las crueldades cometidas por los Tártaros en la Polonia y la Hungría con poblaciones que no los habían ofendido. Les pregunta cuál es el objeto de aquellas invasiones sangrientas y cuáles son los proyectos de los conquistadores; y como padre y señor de los cristianos, desea que haya paz entre ellos y los Tártaros (3). Oigamos la respuesta que el khan dió á los hermanos menores (4): "*El rey del mundo al gran papa*: Si los cristianos desean estar en paz con los Tártaros, es necesario que tú, el papa, los emperadores, los reyes, todos los príncipes y los jefes de las ciudades, vengais sin demora á mi presencia para oír la declaración de mi voluntad. En cuanto á lo que tú dices del bautismo y del cristia-

(1) «Et quia de cultu Dei nullam legem observant, neminem adhuc, quoad intelleximus, coegerunt suam fidem vel legem negare.» JUAN DEL PLANO CARPIN, c. III, § 1, núm. 2 (*Colección de Viajes*, t. IV, p. 622).

(2) JUAN DEL PLANO CARPIN dice al comienzo de su relato: «Et quamvis a Tartaris timeremus occidi, non tamen pepercimus nobis ipsis, ut voluntatem Dei secundum domini papae mandatum adimplere possemus, et ut proficeremus in aliquo christianismo» (*Colección de Viajes*, t. IV, p. 604).—Los misioneros encontraron campos cubiertos de huesos humanos (*Ibid.*, página 675).

(3) RAYNALDI, *Annal.*, a. 1245, § 18.—JUAN DEL PLANO CARPIN, c. VII, § 5, núm. 6 (*Colección de Viajes*, t. IV, p. 675).

(4) *Colección de Viajes*, t. IV, p. 594.

nismo, no comprendo lo que quieres. Tampoco entiendo tus quejas por el degüello de los Polacos y de los otros cristianos. Yo solamente te diré esto: Dios me ha dado poder sobre el mundo, y ha entregado á mi espada á los que rehusen obedecer sus decretos; si Dios no estuviese contra ellos, ¿qué podrían los hombres! Pretendeis ser los únicos creyentes, y despreciáis á los demas pueblos: ¿cómo sabéis á quién concede Dios su gracia? Él nos ha dado la fuerza de destruir la tierra desde el Oriente al Occidente. Los dominicos fueron recibidos peor todavía que los hermanos menores; méenos diestros que éstos, mostraron toda la seriedad y todo el orgullo de representantes de aquel que se llamaba vicario de Dios; é indignados los Tártaros de su petulancia, les dijeron: "¿Cómo os atreveis á decir que el papa es el más grande de todos los hombres? ¿No sabe él que el khan es el hijo de Dios? ¿Quién ha oído decir que vuestro papa haya conquistado tantos reinos como ha conquistado el khan por la gracia divina? El khan es más grande que vuestro papay que todos los hombres. Pero el furor de los Tártaros se desbordó cuando los frailes dominicos los exhortaron á hacerse cristianos: trataron de perro al soberano pontífice y quisieron hacer pedazos á sus diputados. El respeto que hasta los pueblos bárbaros tienen á los embajadores contuvo á los Tártaros, y se limitaron á enviar una carta injuriosa al obispo de Roma (1).

Los que atribuyen á Dios su doctrina y su poder podrían sacar una grave enseñanza del altivo lenguaje de los Tártaros. También el gran khan se decía hijo de Dios, y á los que negaban su divina misión les respondía: "Ved el Oriente y el Occidente á los piés de mis caballos; ¿es eso la obra de un hombre? ¿No hay que reconocer en ello la mano de Dios? En su orgullo, trataba de perro al jefe de la cristiandad. Aquella apelacion á la Providencia para justificar la fuerza con toda su brutalidad, ¿no debería abrir los ojos á todos los que hacen intervenir á Dios para legitimar el poder de un hombre, llámese khan, papa, califa ó César? Adoramos á la Providencia, tratemos de conformar nuestra voluntad á la suya, pero no coloquemos la obra de la debilidad humana bajo el nombre y la autoridad del Omnipotente.

Á la monarquía universal de los Tártaros les

(1) RAYNALDI, *Annal.*, ad a. 1247, § 78-82.

sucedió lo que á todas las tentativas que la religion ó la espada han hecho para someter el género humano al despotismo de un solo hombre: invocan el nombre de Dios, y violan las leyes que Dios ha dado á la humanidad. Las inmensas conquistas de los Tártaros formaron reinos separados; y con la separacion, la division y la debilidad consiguiente, adquirieron los vicios de la fuerza y de la soberbia. Los Mongoles establecidos en Persia, en lucha contra los Musulmanes de Egipto, buscaron la alianza de los cristianos de la Palestina y solicitaron los socorros de la Europa. Vióse entónces un singular espectáculo. El ardor de las cruzadas se extinguía en el Occidente, y fué el khan de Persia quien, de acuerdo con el papa, trató de reanimarle: de ahí una larga serie de negociaciones entre los Tártaros y la cristiandad. El fin directo no podía alcanzarse: las cruzadas habían desempeñado ya su papel; el Occidente, empeñado en una nueva evolucion política, ya no pensaba en libertar la Tierra Santa. Eso no obstante, las relaciones diplomáticas y religiosas de la cristiandad y de los Mongoles merecen un lugar en la historia del derecho internacional, porque tuvieron larga influencia en los destinos de los dos mundos (1).

Se hallaba San Luis en la isla de Chipre, cuando los embajadores enviados por el emperador mongol de la Persia vinieron á ofrecerle la alianza de su jefe para la conquista de la Tierra Santa. El docto *Deguignes* trata á los diputados de impostores: cierto es que la carta que presentaron á San Luis era supuesta, y que lo que le dijeron acerca de la conversion de gran número de príncipes tártaros también era falso (2). San Luis creía de muy buen grado en aquellas conversiones que tanto deseaba, y envió una embajada á los Mongoles para ver, dice *Joinville*, si los podría atraer á nuestra creencia y para demostrarles y enseñarles cómo debían creer. Los obsequios que llevaban los enviados tenían un uso religioso: eran una capilla en donde estaban representados los principales misterios del cristianismo, los ornamentos necesarios para el culto divino y un pedazo de madera de la vera cruz. El legado del papa añadió á las cartas del rey una exhortacion á los príncipes tártaros

(1) Esas relaciones han sido expuestas por ABEL REMUSAT en las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. VI y VII. De ese trabajo tomamos lo que vamos á decir.

(2) *Memorias*, t. VI, p. 437.

para que guardáran fielmente la fe ortodoxa, reconociendo á Roma por madre de todas las Iglesias y al vicario de Jesucristo por su jefe. Los Mongoles no hicieron caso de las recomendaciones, por más extrañas que les pareciera, y, segun sus hábitos, sólo vieron una muestra de sumision en los singulares presentes que les enviaba un príncipe de Occidente.

Luis IX, que tenía la pasion de las empresas religiosas, no se desalentó, y envió un nuevo misionero, Guillermo Ruysbroek, conocido con el nombre de *Rubruquis*, pero sin darle título de embajador. El fraile belga se convenció de que los rumores esparcidos acerca de la conversion de los dominadores del Asia eran falsos. Verdad es que el cristianismo había penetrado entre los Tártaros, pero los que le habían propagado eran poco á propósito para acreditarle: los nestorianos, que se vanagloriaban de haber convertido al gran khan, padecían una ignorancia y una corrupcion lastimosas (1). En cuanto á los príncipes tártaros, cierto que protegían todas las religiones por lo mismo que eran indiferentes á todas; y los nestorianos, los budhistas y los mahometanos acompañaban á su corte como las abejas, dice *Rubruquis*, andan alrededor de los flores; los khanes los obsequiaban á todos, y todos creían ser sus más particulares amigos (2). Cuando *Rubruquis* entregó sus cartas al rey mongol, le manifestó el deseo de predicar la palabra de Dios á sus súbditos, y el khan ordenó que se celebrase una conferencia entre los cristianos, los mahometanos y budhistas (3): "Cada uno de vosotros, les dijo, pretenden que su ley es la mejor, cada uno de vosotros cree que sus libros son los únicos verdaderos; reunidos, discutid en mi presencia, para que yo pueda saber dónde está la verdad. (4). Dudamos mucho que el gran khan tuviese la intencion seria de conocer la verdad; las conferencias entre las sectas religiosas no podían llegar á otro resultado que al de revelar la parte débil de todas. Los Tártaros escucharon á los cristianos disertar sobre Dios y la Trinidad, pero nin-

guno se convirtió. El khan dijo á *Rubruquis*: "Nosotros creemos que no hay más que un Dios por quien vivimos y morimos y hácia el cual van desalados nuestros corazones. Asi como Dios ha puesto en las manos muchos dedos, ha abierto á los hombres muchos caminos para ir al paraíso. Dios ha dado á los cristianos las Santas Escrituras, pero no las observan; á nosotros nos ha dado los adivinos, y haciendo lo que nos mandan vivimos en paz. (1). *Rubruquis* confiesa que hubiera debido tener como Moises el don de hacer milagros para convertir al príncipe mongol; pero fué despedido con una carta concebida en el estilo arrogante de los señores del mundo.

La arrogancia hizo bien pronto lugar á una actitud más humilde. El inmenso imperio de los Mongoles se desmembró, y el rey de Persia, que estaba en relacion inmediata con los cristianos de Oriente, apenas podía sostener su lucha contra los Mahometanos. Entónces fué cuando los Tártaros enviaron una tras otra embajadas al papa y á los príncipes de Occidente para provocar una nueva cruzada. Diez y seis enviados se presentaron al concilio general de Lyon en 1274 para reavivar el celo de las guerras santas. El papa los hizo sentar á su lado á los piés de los patriarcas; un júbilo inmenso, dice *Raynaldi*, embargaba el corazon de los Padres del concilio, creyendo ya ver la fe cristiana esparcida á lo lejos entre los Bárbaros y con su apoyo destruido el poder de los Sarracenos (2). Dos Tártaros se sometieron á la ceremonia del bautismo, y ese fué el único fruto de aquella solemne embajada. Algunos años despues, nuevos embajadores llegaron á Roma y ofrecieron el apoyo del khan si los cristianos querían pasar á la Siria, y el papa los dirigió á los reyes de Francia y de Inglaterra. Deseando conciliarse el favor de la cristiandad, los diputados no vacilaron en repetir la fábula de la conversion del gran khan, aún cuando en aquella misma época los Tártaros habían abrazado ya el buddhismo. El papa se aprovechó de aquellas invitaciones para enviar misioneros al Asia; y cinco hermanos menores se trasladaron á la corte de Khubilai, encargados de trabajar en la conversion de los Mongoles. La tarea era pesada: ¿cómo convertir á hombres persuadidos de

(1) Viaje de GULL. DE RUBRUQUIS, en la *Coleccion de Viajes*, publicada por la Sociedad de geografia, tomo IV, p. 293.

(2) GULL. DE RUBRUQUIS, en la *Coleccion de Viajes*, t. IV, página 313, 263, 260.

(3) RUBRUQUIS los llama los Tuinianos y los califica de idólatras. NEANDER supone que se refiere á los budhistas.

(4) GULL. DE RUBRUQUIS, en la *Coleccion de Viajes*, t. IV, página 352.

(1) GULL. DE RUBRUQUIS, en la *Coleccion de Viajes*, t. IV, página 359.

(2) RAYNALDI, *Annal.*, ad a. 1247, § 21.

que todas las religiones conducen al cielo? Así es que, después de seis siglos de esfuerzos, la cristiandad de Oriente está todavía en la cuna.

Sin embargo, los Tártaros no se cansaban de llamar al Asia á los cristianos. En 1285, el rey de Persia, en guerra con el sultan de Egipto, escribió al papa Honorio recordándole la benevolencia que los Mongoles habían tenido para con los cristianos desde los tiempos de Gengiskhan, su primer padre. De aquella negociacion no quedan más vestigios que la carta ininteligible del príncipe mongol. En 1288 envió nueva embajada al papa; y Nicolás IV le manifestó su gratitud por los buenos sentimientos de que se mostraba animado hacia los cristianos, dirigiéndole de paso un largo y elocuente sermón (1); le estimulaba á abrazar el cristianismo y le apremiaba á que recibiese el bautismo antes de emprender su expedición contra Jerusalén, lo cual le facilitaría sin duda alguna la conquista. Parece que los enviados de Argoun entraron también en relación con la corte de Francia, porque en aquel mismo año, Felipe el Hermoso envió una embajada al rey mongol. Los diputados franceses tenían la altivez de su amo, y Argoun se quejó de ello al rey de Francia; pero no por eso dejó de acogerles bien, siempre en la esperanza de que los cristianos se aliarían á él contra el enemigo común. Los papas se aprovechaban de cada embajada para enviar misioneros á los Tártaros. Entre los hermanos menores que marcharon á Oriente en 1289 se encontraba Juan de Montecorvino, el cual fundó la primera iglesia católica entre los Mongoles de la China, valiéndole su celo el título de arzobispo de Khambalikh. Otro religioso, el dominicano Ricoldo de Montecroix, escribió á su regreso una relación de su viaje, con el fin, decía, de que aquellos que quisieran visitar el mismo país supiesen las cosas de que habían menester (2). En 1289, el papa escribió al rey de Inglaterra que un personaje distinguido, enviado por Argoun, le había traído cartas del príncipe tártaro, en las cuales se declaraba dispuesto á venir en socorro de la Tierra Santa si la Iglesia lo reclamaba (3). Se abrieron sobre ello negociaciones con Felipe el Hermoso, pero

(1) Palabras de REMUSAT (*Memorias del Instituto*, t. VII página 360).

(2) REMUSAT, *Misceláneas asiáticas*, t. II, p. 199.

(3) La carta original de Argoun se encuentra en los archivos de Francia (véanse los detalles en las *Memorias del Instituto*, t. I, p. 163 y siguientes).

fueron infructuosas. Lo fué igualmente otra embajada de 1291. Aquel mismo año perdieron los cristianos la plaza de Tolemaida, única que ya les quedaba en la Siria, y desde entonces los llamamientos á la guerra santa que los papas siguieron haciendo de vez en cuando á la cristiandad no fueron más que una vana demostración. Y la caída de la dominación tártara en la Persia puso término á las relaciones diplomáticas entre los soberanos pontífices y los reyes mongoles.

La conquista de los Mongoles amenazaba destruir el mundo; para aquellos Nómadas no tenían atractivo alguno las ciudades, ni la cultura ni su industria; se diría que venían á borrar hasta los signos de civilización, para hacer del mundo una inmensa estepa y vagar libremente por él con sus rebaños; llegaron á deliberar seriamente si destruirían ó no las ciudades y degollarían á los habitantes del inmenso imperio de la China. Sin embargo de eso, aquellos devastadores tuvieron su misión en los destinos de la humanidad y contribuyeron á su adelantamiento. Cuando la Polonia y la Hungría, á mediados del siglo XIII, se vieron invadidas por 500.000 Tártaros, aterradas las poblaciones, creyeron ver en los conquistadores una raza salida del infierno (1). El Occidente no tenía noción alguna de los pueblos que habitaban el Asia, y los cristianos desconocían por completo la cultura intelectual del lejano Oriente. Todas aquellas barreras cayeron en la invasión de los Tártaros, cuando llegaron á poner un pie en la China y otro en la Alemania. Establecieron entonces relaciones medio religiosas y medio diplomáticas entre los vicarios de Dios y los hijos de la tierra; se enviaron á Tartaria y á China embajadores y misioneros italianos, franceses y flamencos, y se vieron Mongoles en Roma, en París, en Lyon, en Londres y en Barcelona. Y las relaciones no se limitaron á comunicaciones oficiales: una vez abierto el camino, se aprovechó de él el espíritu aventurero. La historia ha conservado el recuerdo de algunos viajeros á quienes el amor de la ganancia y la curiosidad llevaron hasta las estepas del Asia. El primer enviado que vino en nombre de los Tártaros á la corte de Hungría fué un Inglés que, desterrado de su país, anduvo mucho

(1) De ahí sin duda el cambio de *Tataros*, nombre de los Mongoles, en *Tártaros*.

tiempo errante por Asia y acabó por ponerse al servicio de los Mongoles. Un zapatero flamenco encontró en el fondo de la Tartaria á una mujer de Metz que había sido llevada á Hungría, á un orbe francés cuyo hermano estaba establecido en París, y á un joven de las inmediaciones de Rouen, que se había encontrado en la toma de Belgrado, y allí vió Rusos, Húngaros y Belgas. Juan del Plano Carpin fué acompañado por comerciantes de Breslau, de Polonia y de Austria, y á su regreso por la Rusia vinieron con él Genoveses, Venecianos y Pisanos. Dos comerciantes de Venecia, que la casualidad había llevado á Bokhara, acompañaron á un embajador mongol que Hulagu enviaba al gran khan de Khoubilai; y después de haber permanecido muchos años en China, regresaron á Europa encargados de otra misión del gran khan para el papa; volvieron después á China, llevando con ellos á un joven veneciano cuya celebridad ha eclipsado la gloria de sus compañeros. Marco Polo permaneció diez y siete años al servicio del gran khan; visitó el Japon, las islas del Archipiélago Índico, el Mar de las Indias y la costa oriental del África: la publicación de su viaje reveló al Occidente un nuevo mundo.

Continuadas aquellas relaciones en los siglos XIV y XV, es indudable que ejercieron influencia en los progresos de la civilización, porque cuando se acercan comarcas y pueblos desconocidos, el rozamiento es inevitable y nunca es estéril. Á los confines del Asia se había desarrollado una civilización precoz; hacia siglos que en China eran conocidas la mayor parte de las invenciones que señalan la transición de la Edad Media á la Edad Moderna. Desde los tiempos más remotos habían observado los Chinos la polaridad del iman y se habían servido de él para su navegación; tenían cañones desde el siglo X; la primera edición de sus libros clásicos, grabada en pedazos de madera, data de 952; hasta el uso del papel moneda era allí conocido en el siglo X. Todos esos descubrimientos datan en Europa del siglo XV, y han penetrado en ella no se sabe por qué camino; los nombres de los inventores son desconocidos, ó si se les conocía, eran oscuros artesanos; la más importante de las invenciones; la de la imprenta, se verifica en muchos países á la vez. ¿No es, por lo ménos, probable que las artes esparcidas en China pasasen á Europa por el intermedio

de los viajeros? El contacto con el Oriente por medio de las cruzadas y de los Tártaros ha sido para la Europa la vía providencial de una revolución pacífica, pero inmensa en los resultados. Las cruzadas arruinan el feudalismo hasta en sus cimientos, y favorecen la libertad y la igualdad; la pólvora hace saltar el edificio que estaba ya minado por la monarquía y por los municipios. La imprenta, instrumento de la libertad individual, hace imposible el yugo de una Iglesia exclusiva. El imán guía á los navegantes hacia nuevos continentes: la inmovilidad feudal hace lugar al genio del comercio y de la industria. Aquella es la aurora de una edad nueva. Sale la humanidad de su aislamiento, y camina hacia la unidad que el cristianismo ha preparado por medio de sus misiones. El Oriente es el que, en apariencia, se ha aprovechado ménos de las relaciones establecidas entre los dos mundos por las invasiones de los Tártaros, pero él se aprovechará. En vano rechaza á los misioneros, en vano se aísla; Dios ha velado para que ese aislamiento sea imposible. El comercio, quizá más emprendedor que la fe, rompe las barreras que las preocupaciones de raza y de religión oponen á las relaciones entre los hombres. El Oriente se abre al genio conquistador de las naciones europeas, las cuales derramarán en él la vida al comunicarle la libertad que falta á los pueblos orientales. Los dos mundos serán siempre distintos, pero su diversidad se armonizará dentro de una unidad superior. Así se cumplen los destinos del género humano.

§ II.—Vicios del cosmopolitismo cristiano.

El feudalismo y la Iglesia tienen un genio contrario y en apariencia hostil. El feudalismo procede de los Germanos; la Iglesia, de Roma; de una parte el espíritu de división y de aislamiento; de otra parte el espíritu de unidad y de expansión. Si las cosas humanas fuesen conducidas por la lógica, el régimen feudal hubiera llegado al aislamiento absoluto, y la jerarquía católica á la unidad del género humano. Pero en la raza germánica había tendencias é instintos que corregían lo que había de estrecho en el feudalismo, y en los dogmas de la religión católica había causas que viciaban su cosmopolitismo. Y es que el género humano no está destinado ni á una separación indefinida, que